

# LOS POLÍTICOS Y SUS CLASES

*por Francisco-Manuel Nácher*

Conocido el mecanismo interno del hombre, sabido que todos estamos convencidos instintiva e íntimamente de la existencia de la perfección, que todos tendemos inevitablemente hacia ella, que todos creemos posible su adquisición, y que esa consecución nos ilusiona y nos hace luchar por hacerla realidad; atendiendo, digo, a este mecanismo que, inexcusablemente nos gobierna a todos, sería interesante fijar nuestra atención sobre cómo funciona el sistema en uno de los campos que la Humanidad, como conjunto, ha de transitar: el de la política.

Lógicamente, el político tiene una serie de ideas, que él llama "su programa" y que, a su modo de ver, son las que mejor pueden conducir a sus conciudadanos, colectivamente, a dar los pasos necesarios para acercarse a esa "perfección" por la que todos suspiran.

Según la comprensión que el político haya alcanzado de ese mecanismo interno de los hombres, se situará en una u otra de las dos especies en que se los puede clasificar:

Si no conoce ni intuye nada sobre el mecanismo interno del hombre, se convertirá en un dictador y pretenderá imponer sus ideas porque será incapaz de exponerlas o de convencer con ellas y, por tanto, de ilusionar a nadie.

Si conoce o intuye ese mecanismo, se dará cuenta de que, dado que la idea de perfección y de totalidad la tenemos todos y la deseamos todos, lo único que se puede manipular es la ilusión. Y eso, sencillamente, es lo que hará: Sembrar ilusión, tratar de convencer a sus semejantes de que es

posible obtener la perfección por todos soñada - por cada uno de distinto modo, claro está - siguiendo los pasos que él propone.

Aquí nos vemos obligados a realizar una nueva división entre los políticos de esta última especie. Porque, unos, los demagogos, quieren ilusionar a los demás prometiéndoles la perfección, sin darse cuenta de que no se puede saltar hasta ella - como hacen los místicos - sin prescindir de los bienes materiales. El resultado es el fracaso y la desilusión y, sobre todo, la pérdida de tiempo y el tener que volver a empezar.

Los otros, los que son capaces de ilusionar, prometiéndolo sólo dar los pasos apropiados, que saben razonar lo que dicen y, por tanto, no ofrecen lo imposible, sino lo posible pero apetecible, como aproximación segura a la perfección, esos son los que más posibilidades tienen de conquistar voluntades y de conseguir el progreso. Son los que no engañan al pueblo. Son los que tienen eso que se ha dado en llamar "carisma".

Hay una tercera clase de políticos, que no merecen, en realidad, tal nombre, cuyo conocimiento del mecanismo humano y cuyo ideario son nulos y, por tanto, su mensaje se limita a encontrar defectos a lo que hacen los otros, a descalificarlos, a insultarlos, a minimizar ideales, personas e instituciones, y que acaban haciendo un daño muy difícil de reparar porque, como políticos, gozan de un electroencefalograma completamente plano, sin ideas, sin proyectos, sin carisma y sin más ilusión que la de destruir y decir "no" por sistema, sin dar explicaciones.

Fijémonos en un acontecimiento que, hace unos años, nos afectó a todos, aparentemente de igual modo pero que, debido a ese mecanismo interno que todos poseemos y que nos hace funcionar igual, pero que a cada uno, según su grado de evolución, le hace alcanzar un nivel u otro de proximidad a la perfección, nos ha hecho reaccionar de modo distinto: El advenimiento de la Democracia en España.

Todos sabíamos lo que era la democracia. Todos teníamos, de un modo instintivo, el convencimiento de que seríamos capaces de disfrutar

una democracia perfecta en la que todos veríamos colmadas nuestras ilusiones y nuestros anhelos y, por tanto, seríamos felices. Todos sin excepción. Pero las leyes naturales se imponen siempre y nosotros, meros seres de la naturaleza, no podemos sustraernos a ellas, aunque queramos. Y llegó lo que se fue consiguiendo, y cada uno empezó a compararlo con lo que él había imaginado y, debido a la actuación ineludible de la capacidad de insatisfacción, empezó a no sentirse satisfecho. Y, al estar insatisfechos con lo obtenido, pero seguir todos teniendo el convencimiento interno de que la democracia perfecta existe y es posible alcanzarla, obedeciendo una vez más a las leyes naturales, nos hemos ilusionado varias veces y hemos votado a nuestros candidatos, en la esperanza de que fueran ellos los que lograsen esa democracia perfecta.

Pero, como la mayor parte de los hombres y, lo que es más triste, la mayor parte de los medios de comunicación, desconocen ese mecanismo interno del hombre, reaccionaron consecuentemente, quejándose de que la democracia no fuera perfecta y, en vez de alabar lo bueno y rechazar o tratar de modificar lo erróneo, se lanzaron a desmitificar la democracia o a despreciar lo logrado o a dar la impresión de que no valía la pena ilusionarse, con lo que cometieron la mayor falacia posible: matar la ilusión. Falacia que va contra las leyes naturales y, por lo tanto, no prevalece. Pero retrasa su aplicación. Los hombres volverán a ilusionarse con la posibilidad de la democracia perfecta que, por supuesto, no se logrará de momento. Pero sería mucho más productivo para todos que se apreciase lo acertado, que nos sintiéramos todos tan orgullosos de los pasos dados en buena dirección como conscientes de los errores cometidos y que, entre todos, tratásemos de enderezar estos últimos. Pero nunca pretendiendo, de un modo totalitario, poseer toda la verdad y atribuyendo al oponente todo el error. Eso es pura ignorancia de las leyes naturales y éstas siempre, siempre se cobran las infracciones.

Sería conveniente, pues, que todos los políticos estudiaran este mecanismo, que también funciona en su propio interior, y luego decidieran conscientemente cuál había de ser su trayectoria, en vez de, como casi siempre hacen, lanzarse a tumba abierta, a ver si suena la flauta - que nunca suena - y, mientras, destrozan el país con las mejores intenciones pero sin la preparación necesaria.

\* \* \*